



Retrato y literatura

Los retratos de los Premios Cervantes de la BNE

El 23 de abril de 1999, en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, se celebraba la ceremonia de entrega de la XXIV edición del Premio Cervantes, otorgado a José Hierro. En su discurso comenzó reconociendo lo imponente del escenario, y la parálisis que le provocaba dirigirse a tan selecta concurrencia para distraer su atención durante unos minutos. "Prometo que no serán muchos", dijo arrancando una sonrisa cómplice en el auditorio. "Lo que no puedo prometer es que no se lo parezcan".

Al día siguiente, los periódicos publicaban una fotografía en la que una de las nietas del poeta, Hortensia –el traje rosa, los calcetines blancos-, paseaba, feliz, radiante, al término del acto, de la mano de su abuelo, impecable, y del Rey.

-“Gracias, gracias, gracias”, había dicho Hierro. “Prometo hacerme, en adelante, digno de tan alto Honor”.

El Premio Cervantes –Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, en su fórmula oficial- se instituyó en 1975, si bien el primero no se entregó hasta un año más tarde. El galardón, el más importante de la literatura en español, distingue la obra de un autor y su contribución al legado literario hispánico.

El premio se convoca anualmente por el Ministerio de Cultura de España, y se concede a propuesta de la Asociación de Academias de la Lengua de los países de habla hispana que presenta las candidaturas.

En 1976, en su primera edición, el galardonado fue Jorge Guillén, a quien sucedió el año siguiente el cubano Alejo Carpentier y, en 1978, Dámaso Alonso.

En su cuarta convocatoria, en 1979, se concedió *ex aequo* al argentino Jorge Luis Borges y al español Gerardo Diego. “¿En qué quedamos, Gerardo o Diego?”, se cuenta que preguntó el primero, algo esquinado, al saber que tendría que compartir el galardón.

Pocos días antes de la entrega del premio, Borges y Gerardo Diego mantuvieron un cordial diálogo en el programa *300 millones*, que emitía Televisión Española y que presentaba entonces un solemne José Domingo Castaño. Borges, conciliador, recordó sus encuentros en el Café Colonial, de Madrid, y cómo él defendía a Quevedo frente a Góngora, mientras que Gerardo Diego defendía a Góngora frente a Quevedo. "Con el paso de los años", concluyó, "estoy de parte de los dos, y no de uno en contra del otro".

A partir de ese año se incluyó en las bases que el premio no puede dividirse ni ser declarado desierto. Y parece que fue Ricardo de la Cierva, que entonces era ministro de Cultura, quien propuso una norma no escrita, no estricta, que contempla la alternancia de premiados entre España y América, y que no siempre se ha cumplido.

Así, han sido varias las ocasiones en que ha habido dos ganadores españoles en años consecutivos. Ocurrió en 1982 y 1983, con Luis Rosales y Rafael Alberti; también en 1986 y 1987, cuando se concedió el premio a Gonzalo Torrente Ballester y a Antonio Buero Vallejo, y volvió a ocurrir en 1995 y 1996, con Camilo José Cela y José García Nieto.

Para compensar, el Cervantes ha ido a América también en dos ocasiones en años consecutivos: Augusto Roa Bastos y Adolfo Bioy Casares fueron premiados en 1989 y 1990, respectivamente, y antes Juan Carlos Onetti y Octavio Paz en 1980 y 1981.

Por cierto que cuando se concedió el premio a Onetti, Borges, que había formado parte del jurado al haber recibido el galardón el año anterior, declaró que su voto había sido para Paz, también candidato. Lo que dio pie a Onetti, cuando los periodistas le requirieron su opinión, a afirmar: "No me extraña, yo también habría votado a Paz". Un curioso titular, desde luego, que apareció en buena parte de los diarios al día siguiente.

Años más tarde, en abril de 2010, en su discurso en Alcalá de Henares, José Emilio Pacheco declaró, cerrando el círculo, que lo que él hubiera deseado es que el Premio Cervantes se lo hubieran dado a Miguel de Cervantes.

Hasta el momento, veinte Premios Cervantes han correspondido a autores españoles, mientras que autores americanos se han hecho diecinueve veces acreedores al mismo. Cuadra las cifras Mario Vargas Llosa, premio Cervantes 1994, y que tiene doble nacionalidad, peruana y española.

Y hay sólo cuatro mujeres: María Zambrano, premio Cervantes en 1988; Dulce María Loynaz, en 1992; Ana María Matute, en 2010, y Elena Poniatowska en la última edición, en 2013.

Una galería de retratos

En marzo de 1999, el año en que José Hierro recibió su galardón en Alcalá, y por iniciativa del entonces Secretario de Estado de Cultura, Miguel Ángel Cortes, se creó la Galería de Retratos de los Premios Cervantes, y se pensó en una sede representativa y de prestigio para albergarla: la Biblioteca Nacional.

La idea –según se leía en un escrito en el que se presentaba el proyecto– era, de una parte, rendir homenaje a los máximos autores de la reciente historia literaria en español y, al tiempo, disponer de una muestra representativa de los diversos modos en que se desarrolla la creación artística contemporánea. “Ambas cosas –culminaba la nota– harán de la Galería de Retratos una colección única y excepcional en el ámbito público y privado”. Se trataba de encargar a una serie de reconocidos pintores los retratos de los ganadores del premio Cervantes.

El director entonces de la Biblioteca Nacional, Luis Alberto de Cuenca, recibió el proyecto con entusiasmo, y se propuso la creación de una comisión independiente de expertos conocedores del mundo del arte que seleccionaría a los artistas. A la misma se incorporaron los galeristas Elvira González y Guillermo de Osma, el crítico de arte Enrique Andrés Ruíz, así como los directores del Museo Reina Sofía, José Guirao, y del IVAM, el Instituto Valenciano de Arte Moderno, Juan Manuel Bonet.

El 31 de mayo de 1999, a las nueve y cuarto de la mañana, según se especifica en el acta, se reunía por primera vez la comisión con la asistencia, también, de Miguel Ángel Cortés y Luis Alberto de Cuenca.

En aquella primera reunión se decidió, entre otras cosas, que las obras tuvieran el mismo formato, vertical –las medidas definitivas se fijarían en una reunión posterior–; idéntico soporte, lienzo con bastidor, y que la técnica de realización fuera óleo o acrílico.

También se elaboró una primera lista de los artistas a quienes se encargarían los retratos y se aportaron 27 nombres que, resulta curioso, son prácticamente los mismos que finalmente acabaron firmando las obras.

A las once de la mañana se daba por terminada la reunión en la que se fijó la fecha de la siguiente, el 28 de junio, en la Biblioteca Nacional.

Desde el primer momento, el objetivo de la comisión fue hacer una buena colección de pintura, y no sólo una buena colección de retratos. Se buscaron nombres imprescindibles de la nueva pintura figurativa, muchos de ellos incluidos en la exposición *Canción de las figuras. Antología de la pintura figurativa española entre dos siglos*, que se inauguró en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1999, y que después viajó por diversas sedes del Instituto Cervantes: Roma, Manchester, Bruselas, Toulouse... Un

número significativo de los pintores que participaban en esa muestra –Dis Berlin, Charris, Pelayo Ortega, Miguel Galano, Damián Flores...- fueron seleccionados para la galería. No se trataba de buscar retratistas, sino de buscar artistas que pudieran hacer un buen retrato, que interpretaran al autor y su mundo literario, y que lo plasmaran en un cuadro.

A las lista se incorporaron también nombres de conocidos artistas americanos. Y enseguida surgieron las primeras ‘rimas’ entre pintores y escritores entre los que se buscaba una vinculación, previsible en algunos casos –Jesús González de la Torre y María Zambrano, por ejemplo, que había dedicado algunos de sus textos al artista -, y más sutil en otros.

En muchos casos se trataba de afinidades estéticas, poéticas o literarias, como las existentes entre los mundos de Dis Berlín y Borges, Guillermo Pérez Villalta y Adolfo Bioy Casares, Carlos Franco y Guillermo Cabrera Infante o Miguel Galano y Ernesto Sabato, que compartían, a juicio de la comisión, una cierta afinidad por la estética de lo sombrío. En otros, la razón fueron las relaciones de paisanaje, como las que se daban entre Pelayo Ortega y Gerardo Diego, ambos muy vinculados a la ciudad de Gijón, o Juan Vida y Francisco Ayala, granadinos, y que a raíz del encargo de la Biblioteca Nacional trabajarían juntos en diversos proyectos. Entre ellos, el homenaje celebrado en 2009, con motivo del 103 cumpleaños de Ayala, en la Biblioteca Nacional, y en el que se presentó una nueva edición de su novela *Glorioso triunfo del príncipe Arjuna* ilustrada, precisamente, por Juan Vida.

Un periodista preguntó entonces a Ayala por su retrato.

- ¿Le gusta?

- Me gusta todo el arte de gran calidad, eso me encanta. Y claro que sí; mi imagen está muy bien, y hacerla todo lo bonita que el artista quiera.

Hubo también otro grupo de artistas a quienes se eligió por existir un precedente de trabajos similares o sobre autores afines, como fue el caso de Hernán Cortés, autor de decenas de retratos de personalidades del mundo de la política, la cultura y las instituciones, o Herminio Molero, que había hecho años atrás una exposición de retratos en la galería Moriarty de Madrid, y a quien se encargó el retrato de Rafael Alberti, premio Cervantes 1983.

Retratos que llegan en cajas

A la segunda reunión de la comisión, que se celebró en la Biblioteca Nacional el 28 de junio de 1999, se incorporó Anunciada Fernández de Córdoba, asesora del equipo de Miguel Ángel Cortés, con el objetivo de

buscar para el proyecto convenios de colaboración con entidades patrocinadoras, fundaciones e Instituciones.

En la misma reunión, la comisión visitó diversos espacios de la Biblioteca Nacional que podrían albergar de forma permanente la Galería de Retratos y se decidió que fuera el futuro Salón de Actos, tanto por reunir las mejores condiciones de exposición y visita pública como por la frecuencia de actos que allí se celebrarían, y que permitiría a un amplio número de personas acercarse a las obras.

También se fijaron las características técnicas de cada uno de los cuadros, que tendrían un tamaño de 130 x 100 cm., y su técnica: óleo o acrílico sobre lienzo.

Finalmente, se aportó la relación definitiva de artistas y los escritores que se les habían asignado, y se quedó en hacerles llegar una invitación formal para participar en el proyecto. Únicamente tres de ellos -los tres por motivos de salud, Juan Soriano, Cristino de Vera y Alberto Gironella, que fallecería pocas semanas más tarde- declinaron la propuesta. El 18 de octubre de 1999, la comisión se reunía por última vez.

Los retratos fueron llegando a la sede de la Biblioteca Nacional a lo largo del año 2000 y se almacenaron en espera de su ubicación definitiva, no sin algún sobresalto. Por ejemplo, la llegada del personalísimo retrato, apenas insinuado, de Carlos Fuentes, obra del artista mexicano Yishai Jusidman que, cubierto por una capa blanca de pintura, a modo de neblina, hizo pensar si el cuadro no habría sufrido algún percance durante el envío, revisándose una y otra vez el embalaje en busca de alguna prueba del supuesto accidente, hasta que se constató con el autor que el retrato era realmente así.

Con Luis Racionero, director de la Biblioteca entre 2001 y 2004, se buscó un marco idéntico para todos los cuadros, que se ha mantenido a lo largo de los años, si bien ahora debe hacerse de manera artesanal, imitando el diseño original, puesto que la moldura dejó de fabricarse hace tiempo.

También a partir del año 2000, es cada uno de los galardonados con el Premio Cervantes quien propone a un pintor para que realice su retrato; los artistas ya no se enfrentan a un desconocido, sino que en general existe entre ellos alguna relación o vinculación previa que abre una perspectiva distinta a los retratos.

Ese año, 2000, culminaba en la Biblioteca Nacional un largo periodo de obras de reacondicionamiento y modernización y la colección quedó finalmente distribuida, nunca se supo si de manera provisional, por diversas dependencias-salas de archivos y ordenadores, pasillos y despachos- anejas al Salón General al que, en principio, se accede únicamente con el

carné de lector, por lo que, durante años, ha estado restringida a lectores e investigadores.

La distribución inicial se hizo por orden cronológico –el mismo que se ha establecido en esta muestra- partiendo del núcleo norte de la Biblioteca, a través del conocido como Salón Italiano y el núcleo sur. Pero coincidía que en la antesala del Salón de Lectura, la más concurrida por los lectores y visitantes, quedaban algunos de los premiados menos conocidos, así que se decidió alterar el orden y sustituir los retratos existentes por los de autores que gozaban de mayor popularidad: Vargas Llosa, Gonzalo Torrente, Dámaso Alonso, Borges, Bioy Casares... De modo que el orden cronológico quedó definitivamente trastocado.

En 2004, Sergio Pitol encargó, por primera vez, su retrato a un fotógrafo, Jordi Socías, quien le fotografió en blanco y negro ante esa misteriosa y decimonónica escalera que está en un rincón de la Sala Cervantes de la propia Biblioteca Nacional. A partir de ese momento, otros dos autores se decidieron por la fotografía: el autorretrato de Nicanor Parra, a quien auxilió su hija Carolina en ese melancólico claroscuro, lleno de luz y sombra, y Elena Poniatowska, retratada por Alan Flores con el mismo traje que lució en la ceremonia de entrega de su Premio Cervantes en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá.

Hay tres obras más que requieren una mínima explicación. El retrato de Rafael Sánchez Ferlosio quien en su momento declinó aparecer en la galería, y que para la exposición ha prestado un dibujo. El de José Manuel Caballero Bonald, obra de Hernán Cortés, y el de José Emilio Pacheco. Fallecido en enero de 2014 antes de haber comunicado su decisión respecto del retratista, se ha elegido para la exposición un retrato de Uly Martín, fotógrafo del diario *El País*, tomado el día de la entrega del premio, el 23 de abril de 2010, en Alcalá de Henares.

Así, la exposición *Retrato y literatura* plantea un recorrido por la historia de los Premios Cervantes a través de la mirada personal y siempre sugestiva de algunos de los artistas más importantes y reconocidos de la nueva figuración, tanto en España como en América, que interpretan en sus obras el mundo literario de los protagonistas y al tiempo su propio mundo pictórico, en la certeza de que hacer un retrato también es, de algún modo sutil, retratarse.

Los cuadros, que se muestran por primera vez fuera de las salas de lectura de la Biblioteca Nacional, normalmente restringidas a lectores e investigadores, se acompañan de manuscritos –correspondencia, notas preparatorias, originales- y algunas de las obras más representativas de cada uno de los autores, lo que permitirá a los visitantes reconstruir, de alguna manera, su personalidad a través de sus escritos, sus libros y su forma, muchas veces secreta, de trabajar.

Si conocer a los autores, su biografía, su mundo, es una de las mejores maneras de acercarse a su obra, esperamos que los retratos de esta galería -originales y diversos, complacientes algunos, provocadores otros, previsibles o llamativamente sorprendentes, adustos o inmoderados, llenos muchos de ellos de claves- lleven a los visitantes a interesarse por sus libros.

No podemos expresar un mejor deseo.

Jesús Marchamalo

